

El coste de tanta escandalera

Manuel Cruz, filósofo y expresidente del Senado, autor del libro *Transeúnte de la política* (Taurus).

27/07/2021

Em pecemos preguntando: la escandalera creciente que tiene lugar en la esfera de la política ¿les supone algún coste a quienes la protagonizan? Se diría que para aquellos que más se complacen en el exabrupto y la crispación, la posibilidad de que sus actitudes puedan generar efectos sociales lamentables de algún tipo o queda del todo excluida o no les inquieta en absoluto. Por sorprendente que la afirmación pueda resultar a primera vista, no habría que descartar que no anduvieran del todo equivocados con esa actitud. La crispación y el exabrupto políticos se han incorporado al paisaje cotidiano de nuestra sociedad, sin que ello esté repercutiendo en los comportamientos de la ciudadanía.

Pero que algunos políticos actúen con tan frívola ligereza, dando por descontado que la sangre (simbólica) no llegará al río porque la ciudadanía en el fondo tampoco se toma demasiado en serio mucho de lo que dicen, no implica que esta desafección ciudadana esté justificada ni, menos aún, que sea una buena noticia. Sobre todo si se basa en el convencimiento de que la esfera de la política ha dejado de ser el lugar donde reside realmente el poder, como tendía a darse por descontado antaño. De hecho, la forma en que se ha intentado gestionar la brutal crisis del coronavirus, muy diferente a como se gestionó la del 2008, debería ser argumento suficiente para abandonar tan desalentador convencimiento y regresar a la idea de que la política puede afectar para bien a la vida de los ciudadanos.

Hay que regresar a la idea de que la política puede afectar para bien a la vida de los ciudadanos

Sin embargo, no nos faltan indicadores de que siguen siendo muchos los que piensan que el poder real se encuentra en otro lugar, por lo general en la sombra, y que la política no deja de ser una mera forma de espectáculo. Probablemente sea esa clave la que permita entender la enorme diferencia en el tratamiento que en el espacio público se les dedica a unos supuestos poderosos (los políticos) y a otros (los que ocupan el poder económico, pongamos por caso). En ese

sentido, la ferocidad crítica que algunos profesionales de la comunicación practican con los representantes de los ciudadanos, lejos de constituir, como les gusta proclamar con énfasis, una prueba de su irreductible independencia de criterio y de su decidido compromiso con la libertad de expresión, lo que en realidad refleja es su convicción de que nada tienen que temer de ellos. No solo porque ejerzan mucho menos poder que en otro tiempo, sino porque la propia democracia garantiza su fecha de caducidad en puestos de responsabilidad. En cambio, es de destacar el silencio, cuando no la desatada adulación, que esos mismos críticos, feroces con los anteriores, mantienen ante los poderosos en otras esferas, con los que en ocasiones incluso pueden llegar a tener una relación laboral.

De ser cierto lo anterior, nada tendría de extraño el escaso interés de algunos representantes de la ciudadanía por introducir sensatez y sosiego en la esfera política: tal vez ellos mismos nunca se la terminaron de tomar demasiado en serio. A este paso, llegará un día en que algunos se atrevan a reformular la vieja afirmación de Manuel Vázquez Montalbán: "Soy irracional en el fútbol para poder ser racional en todo lo demás", dejándola planteada en estos otros términos: "Soy irracional en política para poder ser racional en todo lo demás". Sería realmente preocupante que pudiéramos terminar hablando así. Si ese fuera el resultado de tanta escandalera, sin duda habríamos hecho un pan como unas tortas.